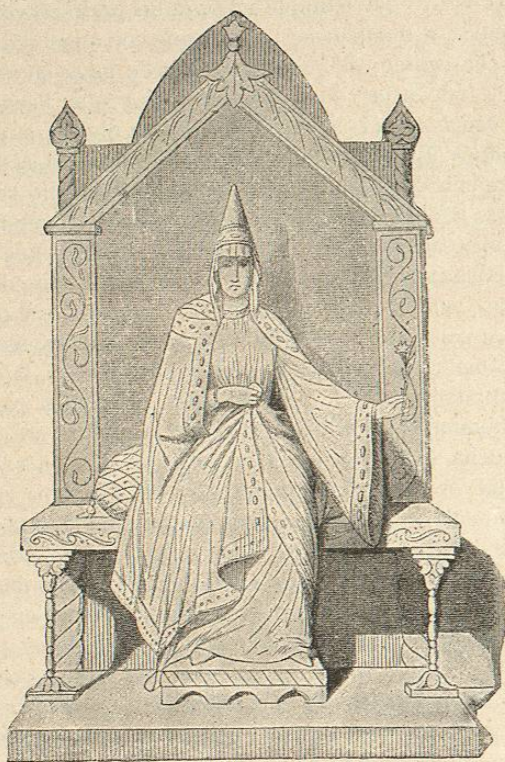


tido, á pesar del levantamiento de la excomunion del rey, en favor de los príncipes alemanes rebeldes, pues la victoria de estos sobre la monarquía era condicion esencial para la realizacion de sus planes jerárquicos. Y aun cabe la duda de si esta evolucion correspondia á las primitivas intenciones de Gregorio, ó de si con ella mas bien cedió á cierta presion que sus aliados alemanes ejercieron en sus resoluciones, ó de si se sometió á un hecho consumado y por estos llevado á cabo, que, sin intervencion por su parte, no le dejaba mas recurso que el de reconocerlo.

La noticia de haber llegado á Italia Enrique, produjo en el ánimo de los adversarios que tenia en Alemania tanta consternacion como en el Sur habia producido en el de los



Retrato de la marquesa Matilde.  
Copia de una miniatura de un manuscrito de la época, que se encuentra en la biblioteca del Vaticano

gregorianos. Comprendióse perfectamente cuál era la intencion que llevaba Enrique al dar este paso y se reconoció cuán exacto era el cálculo que habia servido de fundamento para ello. Si el papa se atenia á los arreglos de Tribur y de Oppenheim, Enrique, una vez levantada la excomunion, entraba de derecho en la plena posesion del poder real y los príncipes, si no querian violar públicamente el tratado, no tenían mas remedio que prestarle, como jefe del imperio, obediencia en todo aquello que no se rozase con la antigua lucha, cuya solucion estaba confiada á la sentencia arbitral del papa. De esta manera quedaban destruidos todos los proyectos de los jefes de la oposicion; por lo cual resolvieron no dejar que llegara este caso y desentenderse lo mas pronto posible del tratado, aun cuando para ello tuvieran que violarlo abiertamente. En la misma época en que Enrique IV llegó á la Alta Italia, sus adversarios alemanes celebraron consejo para ver de parar el golpe que les amenazaba. A mediados de febrero reuniéronse los príncipes alemanes en Ulm; pero no parece que tomaran resolucion alguna. Cuando despues se supo por comunicacion de Gregorio VII lo que habia sucedido en Canosa, se creyó que de la queja que expresaba relativamente á la tardanza de la escolta prometida

para el viaje á Augsburgo, sin la cual no podria el papa llegar oportunamente á Alemania, podia fundadamente deducirse que cualquier acto que se intentara contra el rey habia de ajustarse á las ideas de Gregorio VII, el cual no lo desaprobaba ni dejaria quizás de apoyarlo. La exhortacion que Gregorio les hacia á persistir en la obra comenzada no podia significar otra cosa, tanto mas cuanto que Gregorio declaraba su propósito de ir muy pronto á Alemania. Los reunidos en Ulm convinieron, pues, en convocar á todos los príncipes del imperio para que se encontraran el 13 de marzo en Forchheim, invitándose á Gregorio á que personalmente ó por medio de plenipotenciario tomara parte en las disposiciones que allí se adoptasen. Los personajes que dirigian el movimiento habianse puesto ya de acuerdo en Ulm acerca de lo que debia hacerse en Forchheim, y por esto prepararon las cosas de manera que pudieran contar con la seguridad del éxito, y que los príncipes que se reunieran en Forchheim, creyendo tomar libremente una decision, hicieran tan solo lo que querian precisamente los hombres que dirigian la intriga. Esta salió á medida de sus deseos. En efecto, el 13 de marzo no solo los que habian tomado parte en los trabajos preliminares de Ulm sino algunos otros príncipes y obispos presididos por Sigifredo de Maguncia, en número de trece, se encontraron en Forchheim, á donde acudieron tambien precipitadamente los esperados legados pontificios. A pesar de que estos hicieron notar la conveniencia de aplazar hasta la llegada del papa la eleccion de un nuevo rey, eleccion que los príncipes, despues de formular nuevas acusaciones contra la tiranía de Enrique, consideraban como el único medio de salvar el imperio, el congreso de Ulm, dirigido por el arzobispo de Maguncia, acordó proceder desde luego al nuevo nombramiento fundándose en que hacia un año que el imperio se encontraba sin jefe, en que los juramentos prestados á Enrique IV habian sido declarados nulos y que habian caducado á pesar de la absolucion. Los votos de los príncipes eclesiásticos recayeron en favor de Rodulfo de Suabia; de los príncipes laicos algunos quisieron hacer depender su asentimiento á la eleccion de la obtencion de ciertas ventajas; pero hubieron de renunciar, á instancias de los legados, á estas pretensiones simoníacas. De manera que el duque de Suabia debió su eleccion al trono á la curia romana, con la cual, por lo mismo, tuvo que mostrarse pródigo. El nuevo rey se obligó á atenerse estrictamente á la eleccion canónica en punto á colacion de obispados, concediendo á los así elegidos las regalías convenientes, sin compensacion alguna y sin la ceremonia del báculo y del anillo. Los príncipes laicos, á su vez, supieron aprovechar aquel momento favorable para debilitar la monarquía, haciendo que fuera reconocido como principio constitucional del imperio el hecho de que la corona alemana solo podria conferirse por eleccion y de que los hijos de los que la ciñeran no tendrian sobre ella derecho hereditario alguno.

Aquí se ve quién era en aquel período el mas contrario á Enrique y el que mas interés tenia en promover la revolucion que se producía. Lo que los legados pontificios obtuvieron del nuevo rey para la Iglesia no era una exigencia exagerada, por mas que limitara notablemente el derecho del monarca tal como hasta entonces habia sido ejercitado. Dejose á Rodulfo, respetando la eleccion, que dispusiera de los recursos temporales de los obispados alemanes, aunque solo por la razon de que sin estos no tenia el nuevo rey probabilidad alguna de triunfar de Enrique y no podria, por tanto, prestar los servicios que de él se esperaban. La oposicion de los príncipes alemanes pensaba de muy distinta manera; así es que inmediatamente exigió del nuevo elegido el

reconocimiento solemne de su derecho electoral y se apresuró á destruir ante todo la odiada monarquía hereditaria, en la cual siempre habia visto con temor la causa del crecimiento del poderío sálico.

Esto decidió del porvenir de Alemania durante algunos siglos.

#### CAPITULO IV

GUERRA CIVIL ALEMANA EN TIEMPO DE ENRIQUE IV

(1077-1106)

A pesar de lo razonados que fueron los motivos políticos que indujeron á Enrique IV á emprender su peregrinacion á Canosa, el éxito no habia correspondido á las esperanzas del monarca. En efecto, no pudo evitarse que el papa proferiera sentencia arbitral en la lucha con los príncipes alemanes, y en lugar de dejarle volver, una vez levantada la excomunion, á entrar en el goce de su soberanía, los príncipes reunidos en Forchheim habian proclamado la monarquía electiva, declarando la guerra á muerte á la monarquía hereditaria sálica. Lo que habia sido una sumision personal del rey á la autoridad moral de la Iglesia, convirtiase en una humillacion política del monarca, en virtud de la cual se reconocia justa y verdadera la doctrina jerárquica de la subordinacion del Estado á la Iglesia, la sumision de toda autoridad terrenal á la celestial que se encarnaba en el obispo romano. Por fortuna de Alemania y del mundo, la monarquía alemana disponia de una multitud de recursos para disputar su derecho á este orden de cosas nacional y universal establecido por el papa y para reconquistar la soberanía, y Enrique IV, en la lucha que se encendió en seguida, demostró casi tanta perseverancia, energía, prudencia y moderacion, como inconstancia, despotismo y violencia habia hasta entonces demostrado. Enfrente de las pretensiones romanas, encontramos en Enrique un rasgo nacional, y en oposicion á la infame codicia de sus adversarios alemanes vemos en él inteligencia y noble solicitud por el bienestar general y especialmente por la prosperidad del plebeyo. Rechazado por la Iglesia y combatido por los medios mas repulsivos, supo conquistar y conservar las mas calurosas simpatías y la agradecida adhesion, que le acompañó hasta el sepulcro, de las clases del pueblo alemán que hasta entonces no habian tomado parte alguna en la vida política y que veian en él á su sabio y leal bienhechor y protector. La expedicion á Canosa fué el punto de partida de una lucha gigantesca en la que no solo se trató de resolver la contienda entre el imperio y el pontificado, entre la monarquía y los príncipes, sino que preparó, con el cambio político, una revolucion social en Alemania.

En vano solicitó Enrique IV de Gregorio VII una declaracion contra Rodulfo de Suabia y contra sus electores: la contestacion á esta solicitud fué que no podia condenárseles sin oírlos. El papa consideró como un crimen el hecho de que el monarca aceptara entonces los ofrecimientos de los lombardos para unirse en lucha comun contra Gregorio, ofrecimientos que antes habia rechazado. Enrique se apresuró á dirigirse á Alemania, donde estalló una gran guerra civil. Sajonia abrazó naturalmente la causa del usurpador. En Baviera, Franconia y Suabia, lucharon los partidos con suerte varia y con apasionamiento cada vez mayor, devastando de un modo horrible estas comarcas. En semejante lucha, apoyóse especialmente Enrique en los leales y monárquicos habitantes de las ciudades del Rin y del Danubio, cuyas libertades recientes, segun lo demuestran los últimos acontecimientos, prosperaron y sucumbieron con la causa de la monarquía. A su lado estuvo tambien la baja nobleza,

ESTADOS DE OCCIDENTE

que desde los tiempos de Conrado II veneraba en el rey al defensor de sus bienes y de su libertad contra el despotismo de los grandes señores. Enrique contaba además con muchos partidarios en el clero, no tanto entre los obispos,—que por sus intereses religiosos y terrenales permanecian adictos al pontificado y á los príncipes aliados de este,—como entre los párrocos, los cuales á pesar de las reformas gregorianas no habian roto los lazos naturales que les unian con sus feligreses y antes al contrario participaban de los esfuerzos y deseos del pueblo. En medio de los horrores de esta lucha civil y religiosa, que en algunas comarcas llegó á tomar el carácter de guerra salvaje de todos contra todos, los partidos beligerantes, aprovechando los largos intervalos de tregua, pudieron concentrar sus fuerzas para una gran batalla y hacer una tentativa para derrotar definitivamente á sus adversarios. En las comarcas del Neckar y del Main ocurrieron repetidos combates, en los cuales procuró Rodulfo, auxiliado por sus aliados los sajones, arrojar á Enrique de la fuerte posicion que ocupaba en el Alto Rin y en el Rin central. En el verano de 1077 Rodulfo atacó, aunque en vano, á Wurzburg; en una segunda tentativa hecha con igual objeto en 7 de agosto de 1078, trabóse junto á Melrichstadt una sangrienta batalla que quedó indecisa, pues mientras Enrique por un lado obligó al archiduque Magnus y á los obispos sajones á emprender la fuga, la otra ala de su ejército tuvo que ceder ante los repetidos ataques de Oton de Nordheim y de los sajones. Estos al anochecer quedaron dueños del campo, pero sin haber conseguido una ventaja definitiva, porque la parte de sus fuerzas que habia sido vencida no solo emprendió la fuga sino que, sorprendida en el camino de Turingia por las poblaciones sublevadas en favor del rey, sufrió mayores pérdidas de las que habia sufrido en el campo de batalla. En esta sorpresa fué muerto el arzobispo Wezilo de Magdeburgo; otros fueron robados quedando medio desnudos y algunos fueron hechos prisioneros con el intento de exigir por ellos un crecido rescate, y de estos últimos, algunos fueron entregados al rey. A consecuencia de esta batalla alojáronse un tanto los lazos que unian á los enemigos eclesiásticos y seglares de Enrique, pues estos últimos acusaban, no sin razon, á los primeros de que con su precipitada é insensata fuga habian sido causa del mal éxito de la jornada á pesar de haberse conseguido la victoria. Este hecho quedó, en cierto modo, compensado por la derrota que sufrió, en Neckar, un ejército de doce mil aldeanos con los cuales quiso Enrique atajar la marcha de la caballería suaba, que se dirigia hácia el Rin. Los vencedores en este combate se mostraron excesivamente crueles con los vencidos que sobrevivieron, como si previeran cuán funesta habia de ser para ellos y para sus compañeros la fuerza de estos aldeanos. Despues de estos combates de indeciso resultado, retrocedieron ambas partes á los territorios en donde cada una tenia sus principales recursos y prosiguieron con crueldad suma la pequeña guerra.

Enrique, en esta situacion peligrosa, procuró hacerse con nuevos partidarios. Por aquel tiempo (1079) casó á su hija Inés, niña todavia, con el noble suabo Federico de Hohenstaufen, de la familia de los condes de Buren, y cedió á este el ducado de Suabia, que habia que conquistar con la fuerza de las armas, asegurando á cambio de tal cesion las posiciones que en el Rin ocupaba Enrique contra los ataques de sus adversarios de la Alta Alemania. Desde aquel momento estalló tambien con gran intensidad la lucha en Suabia, pues el usurpador Rodulfo envió al zahringo Bertoldo para combatir contra el de Hohenstaufen y reconquistar el ducado á este cedido. Enrique quiso de nuevo emprender la ofensiva y procuró someter á Sajonia en una campaña de invierno;

pero en 27 de enero de 1080 fué derrotado junto á Flarchheim, en la comarca de Muhlhausen, por Oton de Nordheim, y se vió obligado á huir precipitadamente. Gregorio VII creyó entonces que había llegado el momento oportuno de salir de la actitud espectante y aparentemente neutral que hasta aquel entonces había observado con gran descontento de los sajones, que le excitaban á que abrazara públicamente su causa, y en un sínodo celebrado durante la cuaresma de 1080, reiteró la excomunión contra Enrique, absolviendo á los vasallos de este del juramento de fidelidad. En vano trataron Gregorio y los suyos de dar á este acto la apariencia de una sentencia judicial dictada en virtud de investigación imparcial anteriormente verificada, pues de ningún modo pudieron probarse las acusaciones que los embajadores del «rey» Rodolfo formularon en Roma contra Enrique, las cuales consistían en usurpación del reino que el papa le había quitado, persecución y malos tratamientos ejercidos contra los obispos, barbarie en el modo de hacer la guerra y saqueo de los templos. Además el papa y el sínodo se negaron á oír á los plenipotenciarios que Enrique había enviado y no les permitieron hacer, como pedían, la defensa de su soberano, engañado miserablemente. El mismo día 7 de marzo, lanzóse la excomunión contra los partidarios del rey. Gregorio anunció el nuevo anatema al mundo en una forma insólita y digna de ser mencionada: delante del sínodo reunido elevó sus preces á Pedro, príncipe de los Apóstoles, refiriéndole lo sucedido hasta entonces tal como él y los suyos querían que apareciera, y con esto y con una serie de consideraciones que se permitió exponer, quiso demostrar el derecho y aun el deber que tenía de proceder de aquella manera. Que la relación hecha por el papa del curso que hasta entonces había seguido la lucha no estaba ajustada á la verdad, es indudable; que Gregorio procedió de buena fe y que no omitió intencionadamente cosas muy importantes para la sentencia que formulaba, no se atreven á sostenerlo seriamente sus propios admiradores. Además, las desmedidas pretensiones que formuló Gregorio en este discurso-oración, están en contradicción abierta con la indecisión é inseguridad que hasta entonces, con gran descontento de los sajones, había mostrado. Indudablemente la victoria de Flarchheim convenció al papa de que la causa de Rodolfo de Rheinfelden tenía condiciones de viabilidad, y en su consecuencia pareció oportuno publicar en reivindicación de la soberanía pontificia directa, un nuevo programa que destruyera por completo la monarquía hereditaria sálica y al propio tiempo dificultara el camino á los adversarios de esta, limitando para siempre la monarquía alemana de tal suerte que no solo viniera á resultar esta inofensiva, sino que quedara puesta al servicio de la Iglesia. Es digno de llamar la atención el hecho de que mientras se despojaba á Enrique de la monarquía alemana y de la italiana, su adversario solo era reconocido como rey de Alemania; lo cual indica lo que el partido nacional, en el cual se apoyaba Gregorio, pretendía ganar con la desaparición del imperio hereditario sálico en Italia. Esta sentencia pontificia no solo alcanzó á Enrique y á Alemania sino que hizo entender á todos los Estados, á todos los reyes, á todos los pueblos el porvenir que les estaba reservado en virtud del orden nuevamente establecido como perfectamente ajustado en la tierra á la voluntad de Dios. Nunca el programa pontificio había sido formulado con una precisión tal que excluía toda duda y toda interpretación, y nunca se había anunciado al mundo de un modo tan absoluto la pretensión del origen divino. Gregorio se dirigió, al final de su discurso, á los que habían tomado parte en el sínodo cuaresmal en los siguientes términos: «Haced saber á todo el mundo que vosotros, que podeis atar y desatar en el cielo, tenéis en la tierra autoridad para dar y quitar á

cada uno, según lo que merezca, imperios y reinos, principados y ducados, marquesados y condados y toda clase de bienes. Pues si habeis sentenciado sobre lo espiritual despojando á los indignos de patriarcados, primados, arzobispados y obispados y dándolos á los dignos, mas autorizados estais indudablemente para disponer en los asuntos terrenales. Sepan, pues, todos los reyes y príncipes de este mundo lo que sois y lo que podeis, y guardense, en lo sucesivo, de desobedecer vuestros mandatos.» Cuando Gregorio VII, creyéndose con mas poder que aquel de que realmente disponia publicó poco despues en la iglesia de San Pedro la excomunión de Enrique, procedió como si estuviera de antemano las cosas que habian de suceder, pues dijo que el día de San Pedro y San Pablo, Enrique IV ó estaria desposeido del trono ó habria dejado de existir, añadiendo que si así no sucedia, no se diera en adelante mas crédito á ninguna de sus palabras.

En lo sucesivo, quiso el papa combatir al rey alemán de una manera distinta de la que hasta entonces había empleado. Cuanto mas había despertado con su actitud espectante la desconfianza y el descontento de sus aliados sajones, tanto mas energicamente parecia entonces dispuesto á rechazar la idea de una inteligencia, cortándose de este modo la retirada y haciendo imposible todo arrepentimiento. Ya no se trataba de la persona de Enrique IV, ni siquiera de Alemania considerada aisladamente, sino que se declaraba la guerra á la monarquía y al Estado. A esto obedeció el robustecimiento y la generalización de la prohibición relativa á las investiduras, reiterada en el propio sínodo cuaresmal y dirigida á la sazón contra todos los príncipes laicos sin distinción, contra el emperador, los reyes, duques, condes, etc., pues á todos se amenazaba con la excomunión en el caso de que violaran aquel precepto. Además se adoptó la declaración trascendental de que los cargos eclesiásticos deberían ser conferidos por la Santa Sede ó por los metropolitanos cuando los sacerdotes que tenían derecho á proveerlos por libre elección y los laicos que en esta tomaran parte se dejaran llevar por consideraciones mundanas. ¿Cuáles eran estas mundanas consideraciones? ¿Qué cosa no podía ser apreciada como tal, dado el punto de vista de que partía Gregorio VII? La completa validez de estos decretos sinodales significaba una revolución de gran magnitud, pues al propio tiempo que con la prohibición de las investiduras se privaba al Estado de los recursos eclesiásticos que le eran indispensables, las Iglesias nacionales quedaban en todas partes sometidas á la dirección y por tanto á la absoluta soberanía arbitraria de Roma. Esta disposición no era muy propia para disminuir la oposición que una gran parte de la Iglesia alemana hacia á las reformas gregorianas, pues el papa, al exagerar sus pretensiones, hizo que se pasaran al campo enemigo los que todavía se mostraban dudosos y vacilantes. Este efecto se dejó sentir primeramente en la Alta Italia, donde la oposición, que á pesar del celo de los reformadores no había sido todavía completamente vencida, se levantó con nuevo apasionamiento. Enrique no desperdició la ocasión que le ofrecía este cambio favorable, y sus plenipotenciarios procuraron, con éxito, organizar el movimiento y hacerlo provechoso para el emperador por medio de una acción combinada. Entonces se movieron también de nuevo los antiguos enemigos mortales que el sistema jerárquico tenía en Rávena; y en la Romanía y en Tuscia se produjo un levantamiento que impidió á la marquesa Matilde prestar auxilio al papa, cuya situación estaba amenazada por la excitación cada vez mayor que reinaba en Roma.

No menos desfavorable fué para Gregorio el sesgo que tomaron las cosas en Alemania. La excomunión, que cuatro

años antes había producido tan terrible efecto, apenas hizo entonces impresión ni disminuyó el partido de Enrique, pues cada vez se iba viendo mas claro que se trataba de cosas muy distintas de las que Gregorio había pretextado hasta entonces. En aquel momento consiguió Enrique lo que había pensado lograr con su viaje á Canosa y recogió los esperados frutos de aquel acto prudente y político de valor moral. En efecto, el episcopado alemán se pronunció casi sin excepción á favor suyo, y los obispos que en la Pascua de 1080 se reunieron en Bamberg con el rey, se declararon dispuestos á separarse por completo de Gregorio. Esta separación se realizó durante la cuaresma, en una dieta celebrada en Maguncia, con aprobación de los príncipes laicos que á ella asistieron. Inmediatamente se invitó á los italianos á que se adhirieran á este paso; y como los que así procedían no podían detenerse á mitad del camino, de todo lo acontecido se deducía por consecuencia necesaria el nombramiento de un antipapa. En Alemania la indignación moral era profunda, pues se comenzó á comprender que la victoria de la política pontificia pondría en tela de juicio los fundamentos morales del orden de cosas hasta entonces existente. Los alemanes abandonaron indignados á un hombre que calificaba el perjurio de fidelidad y la fidelidad de crimen, y comprendieron la necesidad de elevar al sòlo pontificio á otro que reuniera lo que estaba disperso, cicatrizará las heridas abiertas y en vez de ser causa de tensión y de lucha se afanara como buen pastor por gobernar en paz la Iglesia. El arzobispo Wigberto de Rávena parecia ser el hombre llamado á reemplazar á «Hildebrando, el usurpador de la sede apostólica, el digno de ser anatematizado como destructor del derecho divino y humano;» Wigberto, fiel á las tradiciones de su Iglesia, se había dado á conocer hacia años como adversario del orden jerárquico y como infatigable adalid contra el despotismo de Hildebrando. En junio de 1080, los obispos alemanes é italianos que estaban con el rey se reunieron en Brixen, en las fronteras de ambos países, asistiendo á esta asamblea el mismo Enrique. Apenas se consideró necesario dar al asunto un viso de procedimiento judicial, sino que la destitución de Hildebrando fué decretada en virtud de las graves acusaciones que contra él formuló de nuevo el cardenal Hugo. Veintisiete obispos, juntamente con el rey, firmaron la sentencia que, con mas apasionamiento del que convenia, procuró hacer al adversario objeto del general desprecio. En ella se presentaba á Gregorio como un hombre temerario que había predicado el saqueo y el incendio de las iglesias y que había excitado al perjurio y al asesinato; decíase además en ella que el papa se había hecho reo de herejía dudando de la transformación del pan y del vino en la Eucaristía; que profesaba los errores de Berengario y que creía en las preocupaciones paganas de los sueños, de los conjuros de muertos y de otros artificios impíos de hechicería. No mostró, según parece, tanta unidad de pareceres la asamblea de Brixen en punto á elección de nuevo papa: los obispos alemanes especialmente temieron dar este paso trascendental, en apoyo del cual no podía presentarse sombra alguna de justificación. Esto no obstante, la elección se verificó, siendo elevado Wigberto de Rávena á la al parecer vacante Sede de San Pedro. Wigberto, hombre dotado de relevantes cualidades morales, de imaculada conducta y de gran experiencia, unido en otro tiempo á Hildebrando por estrechas relaciones personales y muy respetado por lo mismo en Roma, se había pasado posteriormente al bando de los enemigos de Gregorio VII y se había convertido en uno de sus mas energicos adversarios, movido en parte por el deseo de brillar y por la ambición que le dominaba y que acallaba en él cuantos temores pudieron en aquel crítico momento asaltar su ánimo. En las filas de los realis-

tas produjo cierta sorpresa el hecho de que el nuevo papa, contra lo que era uso constante en la Iglesia, no solo conservara su arzobispado sino que se hiciera confirmar en él. A pesar de todo, Wigberto fué espontáneamente reconocido por los obispos italianos enemigos de Gregorio, que habían decidido su elección, y pudo esperar que si Enrique cumplía su promesa presentándose al año siguiente con un ejército en el Sur de los Alpes, obtendría obediencia de muchos mas y sería recibido en Roma, donde sería solemnemente consagrado. Despues pensaba coronar emperador á Enrique; y como garantía de la promesa del monarca, llevóse consigo á Rávena al joven Conrado, hijo de este, que había sido confiado á su custodia.

Los mismos partidarios de Enrique consideraron lo hecho en Brixen como una falta funesta y como causa principal de todos los desastres que se desencadenaron sobre el monarca. Y sin embargo, despues de la nueva excomunión, que en forma tan inusitada contra él se había lanzado, ¿qué otro recurso le quedaba al rey? ¿podía, ni por un momento, dudar de que se tendía á su completo aniquilamiento y de que se trataba para él de una lucha por la existencia? El mejor medio de defensa para Enrique, como para todos los que en tan desesperada situación se encuentran, era la agresión, y este medio debía ser tanto mas eficaz cuanto mas constituyera el ataque una cuestión de vida ó muerte para el adversario. ¿No había de producir gran impresión en los ánimos el ver que el rey Enrique,—que, según las palabras proféticas de Gregorio, el día de San Pedro y de San Pablo debía haber muerto ó haber sido desposeido de su soberanía,—salía precisamente en aquel día de Brixen seguido de brillante acompañamiento y se dirigía hácia el Norte despues de haber destituido á Gregorio y de haber dado, con el nombramiento de un antipapa, una garantía al mundo entero de su resolución de humillar la arrogancia de la jerarquía y de recobrar la plenitud de derechos que sus antecesores habían ejercido en Roma? La predicción del papa no se había cumplido y existía por lo mismo razón sobrada para atenerse á sus palabras y no prestarle ya crédito en nada. Las cosas tomaron, en lo sucesivo, un sesgo tan favorable para Enrique, que cada vez se disipaban mas las dudas que acerca de la justicia de su causa existían y eran acogidas con mayor confianza las palabras tranquilizadoras de sus partidarios. En el verano de 1080 aprestóse Enrique para atacar de nuevo á los sajones: apoyado por el duque Federico de Suabia y por los numerosos contingentes que le habían sido enviados de Baviera y de Lorena, contingentes á los cuales se unieron muchos obispos dirigidos por los arzobispos de Tréveris y de Colonia, salió á principios de otoño de Maguncia, donde había sido ratificada la destitución de Gregorio VII, avanzando por Hessen y por Turingia. Llegado que hubo al alto Unstrut atacó repetidas veces á los sajones, que ocupaban excelentes posiciones defensivas y cuyas fuerzas se habían aumentado mucho con el contingente de la caballería aristocrática y el de la infantería rural. Enrique dejó detrás de sí algunos pequeños destacamentos que llevando por do quiera el saqueo y el incendio obligaron á los sajones á desprenderse de una parte de su ejército para proteger las asoladas comarcas. Dirigióse luego hácia el Este devastando el territorio hasta Erfurt, para realizar despues, en el Saale, la unión con las tropas bohemias, cuya llegada se esperaba. Entretanto, los sajones comprendieron el error que habían padecido y acudieron allí á marchas forzadas. Ambos ejércitos se encontraron en el Elster, que era hasta donde había llegado el rey, trabándose, en 15 de octubre de 1080, sangrienta lucha en la comarca de Hohen-Molsen, no lejos del campo de batalla de Lutzen y de Grossgorchén. El combate estuvo durante